

Preguntas de Reflexión

- ¿Qué apegos o expectativas has tenido que soltar durante tu recuperación?
- ¿De qué maneras has vivido el milagro de la transformación interior?
- ¿Cómo te mantienes espiritualmente firme después de que el alivio inicial o el cambio han ocurrido?

Bienvenido a Católicos en Recuperación

Estamos agradecidos de que seas parte de nuestra comunidad y te animamos a que sigas regresando

- Visita catholicinrecovery.com para ver una lista completa de reuniones disponibles, recursos de recuperación e información sobre cómo comenzar
- Te pedimos paciencia mientras traducimos más recursos y materiales al español
- Ten la seguridad de que tu participación y presencia en estas reuniones se mantendrán confidenciales.
- ¡Eres digno de libertad, una vida nueva y recuperación!

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: Eclesiastés 1, 2; 2, 21-23

Salmo Responsorial: Salmo 90:3-4, 5-6, 12-13, 14 y 17

Segunda Lectura: Colosenses 3:1-5, 9-11

Evangelio: Lucas 12:13-21

Decimoctavo Domingo del Tiempo Ordinario



“¡Vanidad, pura vanidad! ¡Nada más que vanidad!” (Eclesiastés 1:2). Estas palabras que nos hacen reflexionar abren la Liturgia de la Palabra de este domingo y dirigen nuestra atención hacia la travesía espiritual del desprendimiento de cosas que no satisfacen. Este mensaje se conecta con lo que han vivido los miembros de una familia afectada por una adicción. Para muchos de nosotros, nuestras vidas eran regidas por el comportamiento de alguien más, desesperados por un cambio, gastábamos nuestra energía en componer, dirigir, o rescatar. Pero eventualmente, descubrimos que estos esfuerzos eran en vano.

Los Doce Pasos brindan un camino para salir de este ciclo. Al reconocer nuestra impotencia y recurrir a Dios, comenzamos a soltar nuestro mando sobre las cosas que nunca fueron nuestro deber controlar. Dejamos de idolatrar resultados y aprendemos a vivir un día a la vez, cimentados en la fe. Al principio, este viaje puede ser lento y doloroso, pero con perseverancia, trae una paz profunda y duradera.

Una frase que constantemente escuchamos dentro de las comunidades de recuperación es “no te apartes antes de que ocurra el milagro.” Para los miembros de la familia, el milagro puede no ser la sobriedad de nuestro ser amado, puede ser nuestra propia transformación. Comenzamos a desapegarnos mediante el amor, ponemos límites, y vivimos con serenidad sin importar las decisiones que tomen los demás. Cuando ponemos nuestra confianza en Dios en lugar de en nuestros temores, nuestras prioridades comienzan a cambiar.

En la segunda lectura de este domingo, San Pablo nos invita a buscar las cosas del cielo, no las de este mundo. Escribe (Colosenses 3:5, 9-10):

*En consecuencia, den muerte a todo lo terreno que hay en ustedes:
la lujuria, la impureza, la pasión desordenada, los malos deseos,
y también la avaricia, que es una forma de idolatría.
Tampoco se engañen los unos a los otros,
porque ustedes se despojaron del hombre viejo y de sus obras
y se revistieron del hombre nuevo,
que, mediante el conocimiento, se va renovando
a imagen de su Creador.*

Para muchos de nosotros, el “viejo yo” estaba obsesionado con el control, la culpa, o la complacencia hacia los demás. Nuestra supervivencia emocional dependía del tratar de dirigir todo y a todos. La recuperación nos llama a soltar esas cargas y ser renovados a imagen de nuestro Creador.

La idolatría, en este contexto, no es únicamente la adoración de las cosas materiales sino el elevar algo a un nivel más alto que Dios, incluyendo el comportamiento de nuestro ser amado o nuestra propia autoimagen. Santo Tomás de Aquino advierte que, incluso una vez que una adicción o crisis es removida, podemos apegarnos en exceso a cosas como el poder, el placer, el honor, y la riqueza. Estas cosas también son pasajeras.

Otra frase que en ocasiones escuchamos dentro de la recuperación es “no te apartes después de que el milagro ocurra.” Una vez que hemos experimentado la paz, puede ser tentador desviarse. Pero las disciplinas espirituales que nos llevaron a la libertad: la oración, las juntas, el trabajo en los pasos, deben seguir siendo elementales. Nuestro nuevo yo debe ser renovado continuamente en el amor de Dios.

A fin de cuentas, descubrimos que el don más grande no es el cambio que tenga nuestro ser amado o nuestras circunstancias, sino el cambio dentro de nosotros. Encontramos satisfacción no en obtener lo que queremos sino en entregarnos al Único que conoce nuestras necesidades verdaderas.